

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

Del número al nombre: cuerpos, vínculos y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

La manada del encierro: etnografía de 56 animales no humanos víctimas de un criadero clandestino en Juárez, N.L., febrero a mayo del 2026

Autor: Graciela Ivonne Escárcega Sáenz

Materia: Antropología y Consideración Moral de los Animales

Dra. Ana Cristina Ramírez Barreto

Mayo 2026

Propósito de la presente etnografía

A quién va dirigido

Este cuaderno etnográfico está dirigido a dos audiencias simultáneas que, en el caso de Nuevo León, rara vez se encuentran en el mismo documento: 1) los operadores jurídicos y 2) las organizaciones civiles de protección animal.

A los operadores jurídicos (fiscales, jueces, legisladores, inspectores, procuradores, funcionarios de la Secretaría de Medio Ambiente) les habla en el único lenguaje que los expedientes no pueden hablar: *el de la experiencia vivida desde adentro*. Las pruebas documentales de este caso existen. Lo que este trabajo ofrece es la secuencia humana y no humana que esas pruebas no pueden transmitir solas.

A las organizaciones civiles les habla como lo que también es: un relato de campo que puede ser útil para enfrentar futuros decomisos de esta naturaleza, para conocer el territorio emocional, logístico y ético que espera a quienes lleguen después.

Qué quiero lograr en quienes lo lean:

Quiero que quien lea este trabajo no pueda volver a ver un cachorro de raza en una vitrina sin preguntarse ¿qué hay detrás? Quiero que la distancia entre una fotografía bonita en redes sociales y la realidad de un criadero clandestino se vuelva imposible de ignorar.

Quiero también que quien trabaje en el sistema de justicia entienda, desde adentro, por qué el silencio institucional ante un caso documentado no es una omisión técnica: es una posición moral. Y que esa posición tiene consecuencias que se miden en cuerpos, en gusanos de veinticinco centímetros, en una perrita llamada Campanita que murió el 28 de febrero de 2026 con el estómago lleno por primera vez en mucho tiempo.

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

Quiero que quien lo lea sienta, en este orden: urgencia al principio, ternura ante la Número 6, indignación ante los diagnósticos, alegría frágil en La Huasteca, duelo con Campanita, y frustración crítica ante el silencio de la Fiscalía. Quiero que cierre el documento con una pregunta activa: ¿y entonces qué vamos a hacer?

Qué pretende esta etnografía conseguir

En el plano inmediato: que este trabajo se incorpore al expediente legal del caso como documento de evidencia narrativa que complemente los dictámenes clínicos y forenses ya presentados a las autoridades.

En el plano de mediano plazo: que contribuya al debate sobre la necesidad de mecanismos de acceso a la justicia efectivos para animales no humanos víctimas de explotación en Nuevo León, en la línea del trabajo jurídico que venimos desarrollando desde las organizaciones civiles que compartimos el colectivo Unidos por el Bienestar Animal.

En el plano estructural: que sea un argumento vivo, documentado desde adentro, contra la industria de los criaderos clandestinos y la cultura de consumo que los hace posibles.

Metodología: posición, inmersión y campo

Mi posición como investigadora

Este cuaderno etnográfico no es neutral. No pretende serlo.

Por una necesidad de tener un orden y una convocatoria, una documentación, fungí como coordinadora del operativo de aseguramiento de los 56 animales, y fui responsable legal de su custodia ante la Secretaría de Medio Ambiente del Gobierno de Nuevo León, como representante orgullosa de **Prodefensa Animal A.C.** y del colectivo del que forma parte en un paraguas más amplio: **Unidos por el Bienestar Animal**, y simultáneamente, **observadora etnográfica de todo lo que ocurrió desde el 10 de febrero de 2026 hasta el día de hoy**. Esas tres posiciones no se cancelan entre sí: se informan mutuamente y producen un tipo de conocimiento que ninguna de ellas podría generar sola.

La Dra. Ana Cristina Ramírez Barreto señala en clase que la etnografía no requiere distancia: requiere inmersión. Que el shock cultural no es condición del buen trabajo de campo. Que lo que importa es situarse, reconocer los propios intereses y trayectorias, y romper con la narrativa del ojo de Dios que pretende hablar desde ningún lugar. Esto que sigue es mi intento de hacer exactamente eso: hablar desde el lugar donde estuve, con los intereses que tengo, con la trayectoria que me trajo hasta aquí.

El campo: quiénes son mi población

Mi campo tiene tres círculos concéntricos.

El primero y central: los 56 animales no humanos decomisados el 10 de febrero de 2026 de un criadero clandestino en Juárez, N.L. Pomeranios, Shih Tzu,

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

Malteses, Yorkies y algunas cruas. Todos de talla pequeña. Muchos geriátricos. Todos enfermos. Ninguno con nombre propio hasta que nosotros se los dimos.

El segundo: Colegio de Médicos Veterinarios en Pequeñas Especies de N.L., Las clínicas veterinarias BIZOO (MVZ Karina Delgado y su maravilloso equipo de trabajo dentro de los que está el Dr. Juan Antonio Pérez) **y Hospital Sierra Madre** (La MVZ Mónica Martínez y su eficiente equipo de trabajo bajo la anuencia del MVZ Carlos Martínez), **y particularmente y principalmente a las muy queridas organizaciones civiles que respondieron al llamado de emergencia.** Nueve organizaciones civiles (PetLove, PetHope, Lazos de Huellas, FundaDog, Adopta Monterrey, Prodefensa Animal A.C., Huaperros, Ayuda a un Callejerito, Rescataditos García) y médicos veterinarios colegiados del COMVEPE N.L., entre los que están su presidente Dr. Enrique Esquivel: un muy querido Médico Veterinario con especialidad en cardiología y su equipo de trabajo formado por la Dra. Nallely Ramírez, una médico perito veterinario, la Dra. Silvia Piña, dos solidarias veterinarias que murieron en la raya ayudándonos y dando y consiguiendo apoyo, medicamentos y donaciones, la Dra. Julia Torres y la Dra. Arianna Monterrat Márquez **y además ciudadanos y empresas que donaron alimento, espacio, tiempo. Una comunidad que funciona sin presupuesto institucional y sin reconocimiento oficial.**

El tercero: la comunidad más amplia, representada en los mensajes que llegaron a nuestras redes sociales, en las solicitudes de adopción, en la reacción de autoridades, inspectores y ciudadanos anónimos ante la mediatización del caso.

Observación participante, diario de campo y entrevista (Técnicas)

La técnica principal es la observación participante en su modalidad más comprometida: no observé desde afuera sino desde adentro, siendo parte del ambiente, tomando decisiones que afectaban a los sujetos observados, siendo reconocida por ellos como parte de su entorno cotidiano.

Durante cinco días continuos en la clínica BiZoo fui, como diría *Tim Ingold*, la pared, la silla o la puerta del espacio: algo tan familiar que mi presencia dejó de alterar el comportamiento natural del grupo. Ese nivel de inmersión es metodológicamente valioso precisamente porque no fue planeado: ocurrió porque el trabajo lo requería, y porque el trabajo de campo en antropología, como señala la Dra. Ramírez Barreto, a veces te cae encima y ya estás adentro antes de poder nombrarlo.

El registro fue simultáneo a la acción: notas de campo tomadas en el momento, audios grabados al final de cada jornada, fotografías y videos del proceso, el acta de inspección como documento de referencia, los dictámenes veterinarios como fuentes primarias clínicas, sus imágenes que a todos nos dolieron, su hambre, lo deplorable de su condición que fuimos descubriendo, primero como consecuencia de la valoración veterinaria y después arraigadas en su comportamiento como huella de un maltrato perpetuado desde su nacimiento.

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

Las voces de los veterinarios funcionan en esta etnografía -como lo que la Dra. Ramírez Barreto llama- informantes especializados: personas que pueden interpretar un lenguaje, el de los cuerpos animales, que yo no domino completamente. Sus dictámenes son, en este trabajo, tanto prueba jurídica como fuente etnográfica.

La justificación: ¿por qué ellos, por qué ahora, por qué esto?

Estos 56 animales no son los que rescatamos habitualmente de la vía pública los grupos civiles. Son una población extraordinaria por una razón específica: habían vivido desde su nacimiento en un único entorno cerrado, dedicados exclusivamente a procrear, sin contacto con el mundo exterior, sin nombre, sin historia individual reconocida. El aseguramiento del 10 de febrero de 2026 fue, para muchos de ellos después de siete, ocho, nueve años de vida, el primer día que salían del encierro...

Eso los convierte en un caso etnográfico único: no son animales que hayan tenido experiencias del mundo y las hayan perdido. Son animales que nunca las tuvieron. Lo que documenta esta etnografía no es la pérdida de una vida digna, sino el proceso de descubrimiento, parcial, lento, incompleto, de lo que esa vida podría haber sido.

Nadie ha estudiado esto antes, al menos no en este contexto. Hay etólogos que observan grupos de perros en distintas circunstancias. No hay, que yo haya encontrado, etnografías de grupos de animales víctimas de criaderos clandestinos observadas desde adentro del proceso de aseguramiento y rehabilitación. Ese vacío justifica este trabajo.

La antropología crítica y útil para el activismo, que es lo que la Dra. Ramírez Barreto nos propone, sirve para aprender de los fracasos del activismo además de documentar sus logros. **Este trabajo documenta ambos: los logros de una red civil que sostuvo a 56 animales sin presupuesto institucional, y el fracaso de un sistema de justicia que recibió todas las pruebas y no hizo nada.**

Marco teórico: los lentes con que miro

La pregunta que organiza esta etnografía no vino del escritorio. La generó el campo: **¿qué le ocurre a la consideración moral cuando el sujeto que merece ser considerado ha sido formado, desde su primer día de vida, en la negación sistemática de su propia existencia como individuo?**

La Número 6, la número 12, el 25, la 17... no son animales a los que se les negó consideración moral desde afuera. **Son animales cuyo mundo entero fue construido para que esa consideración fuera imposible: sin nombre, sin historia individual, sin contacto afectivo, sin salida.** Lo que esta etnografía documenta no es solo maltrato. Es la producción deliberada de un sujeto sin subjetividad reconocida, y las consecuencias conductuales, corporales y relacionales de eso.

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

Sintiencia y consideración moral

Peter Singer desplaza el criterio de la consideración moral desde la razón hacia la capacidad de sufrir: si un ser puede sufrir, tiene intereses que deben ser considerados, independientemente de su especie. **Tom Regan** va más lejos: los animales que son sujetos de una vida, con creencias, deseos, memoria, percepción de su propio bienestar, tienen un valor inherente que no puede ser sacrificado por utilidad ajena.

Jeff Savoy, en la línea que la Dra. Ramírez Barreto recupera en clase, extiende esto aún más: la igualdad ontológica entre especies no es una metáfora sentimental sino una posición filosófica que obliga a revisar toda la arquitectura de nuestras categorías morales y jurídicas.

Mi campo no ilustra estas teorías. Las interpela. La Número 6 no es un ejemplo de sintiencia: es un caso que obliga a preguntarse qué significa la sintiencia cuando ha sido sistemáticamente aplastada durante nueve años.

La etnografía multiespecies y el *dwelling*

Tim Ingold propone que **conocer es caminar junto a**: el conocimiento surge de la co-presencia sostenida con los sujetos del campo. Su concepto de *dwelling*, habitar, implica que la comprensión nace de compartir un ambiente, un tiempo, una atmósfera. Mis cinco días en BiZoo no son un dato anecdótico: son el método.

Bruno Latour ofrece el concepto de actante: cualquier entidad, humana o no, que produce efectos en una red. **Los 56 perros reorganizaron redes enteras: movilizaron veterinarios, ONGs, medios, ciudadanos, empresas de alimento. No fueron pacientes pasivos del rescate; fueron agentes que hicieron cosas en el mundo social.**

La producción social del sujeto sin subjetividad reconocida

Gary Francione argumenta que mientras los animales sean legalmente propiedad, su bienestar siempre cederá ante los intereses económicos de sus dueños, no por maldad individual sino por estructura. El criadero clandestino es la demostración más limpia de esta lógica.

Pero mi campo añade algo que **Francione** no contempla del todo: los efectos que esa condición produce sobre la subjetividad misma de los animales. **La coprofagia no es un síntoma de enfermedad: es una adaptación racional a un ambiente de escasez extrema. El llanto de la Número 6 al ser levantada no es un rasgo de carácter: es la memoria corporal de lo que las manos humanas le hicieron antes.** Si la subjetividad puede ser dañada de esa manera, la consideración moral no puede limitarse a evitar el sufrimiento puntual. Tiene que incluir la reparación de una historia.

El vacío institucional como dato moral

La Dra. Ramírez Barreto señala en clase que la etnografía sirve para aprender de los fracasos del activismo. **El silencio de la Fiscalía hasta mayo no es un dato**

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

marginal: es el dato que le da a este trabajo su dimensión crítica y política. Desde la perspectiva de la consideración moral, la pregunta que surge es devastadoramente simple: ¿qué vale el reconocimiento moral de un ser si el sistema institucional no lo traduce en consecuencias reales?

Diario de campo

10 de febrero de 2026, 12 pm

La llamada

Hay decisiones que no se toman. Simplemente ocurren, y uno se da cuenta después de que ya estaba tomada desde antes de que sonara el teléfono.

El 10 de febrero de 2026, cerca de las 12 pm, recibí una llamada de Raúl Lozano, Secretario de Medio Ambiente del Gobierno de Nuevo León. Estaba con Jessica González, de Lazos de Huellas A.C. La voz de Raúl Lozano tenía esa mezcla particular de urgencia y culpa que reconozco en las personas que necesitan algo que saben que no podrán ayudar más que en entregar a los animales. ¿Podíamos recibir un decomiso? Esa misma tarde. Cincuenta y seis animales. Pomeranios, Shih Tzu, Malteses, Yorkies. Todos de talla pequeña. Todos provenientes de un criadero clandestino que estaban por ser asegurados.

Cincuenta y seis.

Lo primero que sentí no fue entusiasmo ni determinación. Fue el peso. El peso específico y conocido de lo que significaba coordinar un operativo de esa magnitud: albergue para cincuenta y seis animales esa misma tarde, atención veterinaria inmediata, manos, fondos, voluntad. Sabía, porque siempre es así, que estaríamos solos. Que el Estado decomisa y nosotros recibimos, y que entre esas dos acciones hay un abismo que llenamos con nuestro tiempo, nuestro dinero y nuestra energía sin que nadie lo presupueste ni lo agradezca oficialmente.

A través de un mensaje de Jessica en nuestro chat de asociaciones activamos el grupo del colectivo Unidos por el Bienestar Animal y a la par empecé a contactar uno por uno a los grupos que lo conformamos. Y entonces ocurrió lo que siempre me conmueve de esta comunidad, aunque lo haya visto decenas de veces: los “Sí” fueron llegando. Uno por uno. Sin preguntar cuánto costaría. Sin calcular si les convenía. Solo Sí. Cada Sí era una organización diferente, con su forma propia de trabajar, con sus recursos distintos y sus límites distintos, pero todas unidas por lo mismo: **ese amor por los animales que nos hace hermanos de causa aunque a veces no estemos de acuerdo en nada más.**

Llamé a Elvia Silveyra de Prodan, quien tiene una energía que avergüenza a personas con la mitad de su edad. Es presidenta de Prodefensa Animal y mi compañera en los operativos que nadie más quiere encabezar. Cuando le dije lo

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

que había, no preguntó si podía. Dijo: ¿cuándo nos los dan? Siempre me conmueve eso de ella: que siga dando la cara, siga poniéndose al frente, que pese a veces su cansancio saque fuerzas y me diga también que Sí. Hay algo en su presencia que no es solo apoyo logístico. Es una afirmación moral de que esto vale la pena.

Pedí una sola condición a las autoridades: que no metieran a los perritos al CEAA. Había un brote de moquillo activo y no podíamos arriesgarnos. Me prometieron jaulas afuera de las instalaciones.

Colgué. Y me quedé un momento quieta con algo que no era exactamente miedo pero tampoco era calma. Era esa sensación de cuando uno acepta una responsabilidad cuyo tamaño real todavía no puede medir del todo. Sabía que iba a ser un trabajo titánico. Sabía que los gastos, la atención veterinaria, la alimentación, el hospedaje, todo correría por nuestra cuenta porque así funciona este sistema que llama rescate a lo que en realidad es abandono institucional con buena prensa.

Y aun así pensé: vamos a poder.

No sabía todavía que vamos a poder iba a significar meses. Que iba a significar aprender enfermedades que nunca había enfrentado a esta escala. Que iba a significar cargar con una muerte y con el silencio largo y pesado de una Fiscalía que no movería un dedo pese a todas las pruebas. No sabía que iba a significar enamorarme, porque no hay otra palabra, de cincuenta y seis animales que me iban a enseñar cosas que ningún libro había podido.

Esa noche solo sabía que había que ir.

Nota de campo: La red de organizaciones que respondió esa tarde no es una estructura formal ni financiada. Es una comunidad construida durante años sobre la base de la confianza mutua y el amor compartido por los animales no humanos. Documentar esa red, su funcionamiento, sus tensiones y su lealtad, es también parte de esta etnografía.

11 de febrero de 2026, amanecer

El sistema de los números

Las jaulas me golpearon antes de que pudiera prepararme.

No es una metáfora. Es lo que ocurrió: bajé de la camioneta, abrí la puerta y caminé hacia el CEAA y las jaulas estaban ahí, en semicírculo, muchas, más de las que el número cincuenta y seis había logrado hacer concretas en mi cabeza la noche anterior. Y ellos dentro, pequeñitos, tan pequeñitos que la desproporción entre el tamaño de lo que habíamos venido a hacer y el tamaño físico de esos cuerpos me detuvo un segundo. Había un olor. El olor de los decomisos no se olvida: es la suma de muchos cuerpos en poco espacio, de pelo húmedo y algo que tiene que ver con el miedo acumulado durante mucho tiempo.

Ellos, todos, estaban a la expectativa.

Eso es lo que vi cuando me acerqué: no pánico, no agresión. Había una quietud tensa, una atención dirigida hacia afuera, hacia nosotros, como si estuvieran

La manada del encierro: etnografía de 56 animales no humanos víctimas de un criadero clandestino en Juárez

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

procesando información nueva con todos los sentidos al mismo tiempo. Nos oían. Nos olían. Nos leían. Había algo en el aire que solo puedo describir como esperanza y curiosidad mezcladas: una apertura cauta hacia lo que seguía, sin saber todavía si lo que seguía era seguro.

Al lado del grupo de inspectores de la Secretaría encontré algo que no esperaba: la emoción. Los inspectores seguían en su papel, haciendo su trabajo, pero varios de ellos cargaban perritos. Y se pasaban de mano a mano al hermoso perrito pomeranio macho que traía desde su cautiverio el nombre de Gato, él tampoco había escapado y tenía el número 25.

Gato era el pomeranio sin dientes, el de la lengua permanentemente de fuera, el más hermoso del grupo con esa cara imposible entre peluche y personaje de caricatura. Los inspectores lo pasaban de brazo en brazo con una delicadeza que no forma parte de ningún protocolo oficial. Una de ellas se lo quedaría. Gato había hecho algo en esas pocas horas: había encontrado la manera de existir de forma tan contundente y tan demandante que era imposible no responderle. Eso también es una forma de agencia.

El proceso de documentación comenzó. Los números habían sido asignados por los inspectores durante el aseguramiento: un consecutivo y un número de jaula que correspondía al lugar donde cada animal había sido encontrado primero. Dos dígitos escritos con marcador en un tape. Un listón alrededor del cuello. El tape ocupando el espacio del pecho, ahí donde en otro contexto iría un nombre, una historia, una identidad.

Sentí tristeza. Sentí también algo más incómodo que la tristeza: sentí la ironía de estar yo también participando en ese sistema de etiquetado aunque fuera para protegerlos, aunque fuera para que el expediente de la Secretaría coincidiera con nuestros registros. Qué pequeños somos los humanos, pensé. Etiquetando la vida. Reduciéndola a dos dígitos para poder manejarla.

Y ellos ahí, siendo etiquetados, mirándome. Yendo más allá, con toda su presencia viva e irreducible, de cualquier par de números que pudiéramos escribirles en el pecho.

Fue en ese estado cuando me desvié de la mesa improvisada de registro y me acerqué a una de las jaulas colectivas de pomeranios. Y entonces una perrita canela empezó a brincar, tenía tremendo Número 6, sucio de trajinar, en su diminuto cuerpo, y empezó a seguirme dentro de la jaula.

No me di cuenta de inmediato. Como todos en esa jaula eran color canela y de talla similar, tardé en notar que siempre era la misma. Otra vez el seis. Otra vez el seis. Dije a los de la Secretaría desconcertada: “hay muchos números seis, algo está mal”. No había nada mal. Era la misma perrita, moviéndose al ritmo de mis manos, manteniéndose a mi altura, buscando ese contacto de mis dedos al voltear la etiqueta en su cuellito.

Lo que sentí en ese momento no fue solo ternura. Fue algo más parecido a una revelación. Porque lo que esa perrita estaba haciendo no era pedir comida, no era

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

jugar. Era buscar un encuentro. Era alguien, y uso esa palabra con toda la deliberación que merece, buscando ser reconocida por otro alguien.

La Número 6 tenía siete años. Dos punto cuatro kilogramos de peso. Escasos dientes. Gusano de corazón en la arteria pulmonar. Daño hepático. Había pasado toda su vida en ese criadero, produciendo camadas, siendo un número en un inventario. Y sin embargo ahí estaba, eligiéndome, siguiéndome, anunciándome con su cuerpo entero que adentro de ese número había alguien que necesitaba ser tocada.

Ese momento me cambió la manera de ver todo lo que me rodeaba. Dejé de ver un decomiso. Empecé a ver a los *alguienes* que nos miraban.

Qué pequeños somos los humanos cuando etiquetamos la vida. Qué grandes son ellos cuando nos miran de todas formas.

Nota de campo: El hecho de que varios inspectores no pudieran soltar a los perritos es en sí mismo un dato etnográfico. La consideración moral no espera a que la ley la autorice. Aparece sola, en los brazos de un inspector que no puede dejar a Gato en una jaula.

11 de febrero de 2026, noche **Lo que los cuerpos dicen**

El trayecto a la Clínica BiZoo de la Dra. Karina Delgado fue silencioso.

No el silencio incómodo que se llena con palabras para no pensar. Fue un silencio habitado, denso de pensamientos que no necesitaban decirse en voz alta porque Elvia y yo llevábamos suficientes años haciendo esto como para saber que hay momentos en que las palabras sobran. Íbamos hundidas cada una en lo que se avecinaba.

Y ellos también iban en silencio. Eso fue lo que más me sorprendió. Casi todos se aquietaron en el trayecto. Algunos se durmieron. **Había algo en ese silencio colectivo que no era tranquilidad: era suspensión. El silencio de seres que han aprendido que cuando el entorno cambia de manera radical lo más seguro es esperar, guardar energía, leer señales antes de reaccionar.**

Sentí paz en ese trayecto. Alivio. Íbamos camino a un destino mejor y algo en mí lo sabía.

La Dra. Karina Delgado había preparado el segundo piso completo de BiZoo para nosotros. Cuando llegamos y subimos las jaulas y vi ese espacio listo, sentí algo que solo puedo describir como gratitud del tipo que no cabe en palabras ordinarias. La Dra. Karina, la Dra. Julia Torres, el Dr. Enrique Esquivel, la Dra. Nayelly Ramírez, la Dra. Silvia Piña, el Dr. Juanito, la Dra. Nancy: **cada uno de ellos fue un eslabón de una cadena sin la cual no hay red posible. Sin ese eslabón todo se cae. Con él, cincuenta y seis animales tenían refugio y la promesa de atención esa noche. BiZoo fue un refugio.** Y la Dra. Karina fue una bendición en el sentido más concreto de esa palabra: alguien que aparece exactamente cuando se le necesita.

Nos desvelamos los médicos y yo. Fui viéndolos pasar uno por uno bajo la luz artificial y fui aprendiendo a leerlos. Lo primero que aprendí es que no eran un

La manada del encierro: etnografía de 56 animales no humanos víctimas de un criadero clandestino en Juárez

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

grupo homogéneo: eran cincuenta y seis individuos con cincuenta y seis mensajes distintos, y cada uno me los entregaba a su manera.

Estaba la tristeza: ojos que miraban sin esperar nada particular de lo que encontraban. Estaba la depresión: cuerpos que se movían poco, que no respondían al estímulo del entorno nuevo. **Estaba el miedo en sus tres formas: el que se paraliza, el que tiembla, el que muestra los dientes porque es su única defensa.** Estaba la desconfianza, diferente al miedo en que no es reactiva sino preventiva. **Estaba el hambre inscrita en el cuerpo: la voracidad con que comían, la competencia feroz por cada bocado.** Estaba el dolor de fracturas sin atender, infecciones en los oídos, parásitos que nadie había tratado.

Y estaba, entre todo eso, algo más: la capacidad intacta, sorprendente, casi escandalosa de algunos de ellos de querer contacto. De buscar la mano. De seguirte. De existir con una intensidad que el encierro no había logrado apagar del todo.

Los cuerpos de estos animales eran archivos de su historia. Los dientes desgastados contaban los años, las crías, el calcio extraído sin reposición. Las uñas largas contaban los años sin caminar en superficies que las desgastaran. La alopecia y los parásitos contaban el hacinamiento y la ausencia de cuidado. El peso insuficiente contaba el hambre como condición de base.

A las tres de la mañana, puntualmente, empezaban a moverse y a pedir comida. Esa había sido su hora de alimentación en el criadero, suponemos. Sus cuerpos la recordaban aunque el lugar hubiera cambiado, aunque las manos fueran otras, aunque el mundo que conocían hubiera terminado esa tarde. La memoria no vive solo en la mente. Vive en el cuerpo. Los hallazgos no se hicieron esperar, más del 60% estaban positivos de *Dirofilaria* y *Microfilaria*, gusano de corazón en sus diferentes estadios. tenias, erliquia, enfermedad de Lyme, parásitos internos, externos, enfermedades de piel, desnutrición, deshidratación, fracturas, infecciones en curso, señales inequívocas de ningún protocolo médico preventivo, ninguna inmunidad, cargaban los signos de la irresponsabilidad y la explotación en sus frágiles y pequeños cuerpos, muchos de ellos geriátricos, en sus dentaduras.

Nota de campo: Los veterinarios que participaron son en esta etnografía informantes especializados en un lenguaje que yo no domino del todo: el que los cuerpos animales hablan en términos clínicos. Su interpretación de los hallazgos es también un dato sobre lo que la consideración moral produce cuando encuentra personas dispuestas a actuar en consecuencia.

12 al 17 de febrero de 2026

La pared, la silla, la puerta

Cada mañana llegaba y lo primero que encontraba era el desastre.

No un desastre de tristeza sino de vida: los identificadores hechos añicos. Masticados, arrancados, intercambiados, destruidos con una creatividad y una determinación que en cualquier otro contexto habría sido motivo de celebración. Los habían destrozado durante la noche, entre juegos, entre el descubrimiento paulatino de que tenían energía y que esa energía podía invertirse en algo más que sobrevivir.

La manada del encierro: etnografía de 56 animales no humanos víctimas de un criadero clandestino en Juárez

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

Y entonces me oían llegar.

El ruido que producían al escuchar mis pasos en la escalera o al entrar al pasillo de jaulas era ensordecedor. No el ruido del miedo: era el ruido del reconocimiento. Me habían identificado o estaban entusiasmados de ser visitados, de ver gente nueva. Posteriormente, en la época de medicación sabrían que yo era la de las salchichas, la de los abrazos, pero en ese momento era la de las etiquetas que volvían a aparecer cada mañana, terca, aunque ellos las destruyeran cada noche. Era un ruido que me recibía como si yo fuera parte del lugar, como si mi llegada fuera un evento esperado y pero también un poco celebrado.

Los encontraba comidos, alegres. **La alegría también es un dato etnográfico:** no el estado basal de un animal bien tratado desde siempre, sino la alegría emergente de animales que estaban descubriendo que el mundo podía contener cosas buenas.

Brayan llegaba conmigo. Brayan tiene dieciocho años y trabaja conmigo ayudándome con mis animales. Le gustan los perros con esa naturalidad descomplicada de quien no necesita teorizar su amor por ellos para actuarlo. Brayan se los aprendió todos. Todos. Cada número, cada cara, cada señal particular que distinguía al 7 del 23 cuando los dos eran pomeranios color canela de talla similar. Íbamos juntos cada mañana a re-etiquetarlos, yo con el acta de inspección, él con los identificadores nuevos. Brayan aprendió a leer esas señas antes de que yo se las enseñara. Eso también es una forma de conocimiento que no viene de ningún libro.

Fue en ese proceso diario donde fui conociendo sus personalidades con la profundidad que solo da la repetición.

Estaba el número 80, el Abuelo: un macho blanco, grande para los estándares del grupo, con ese aire de quien ha visto demasiado y ha decidido tomárselo con calma. Sin duda padre de muchos en esa manada. El Abuelo no demandaba atención pero la recibía con dignidad, como quien está acostumbrado a que las cosas lleguen a él.

Estaba Gato, el 25, el consentido de todos. Lo había sido desde la noche del aseguramiento cuando los inspectores no podían soltarlo, y lo siguió siendo en BiZoo. Gato sin dientes, Gato con la lengua de fuera, Gato que llenaba cualquier espacio con su presencia sin hacer absolutamente nada extraordinario, solo existiendo con esa intensidad que tienen algunos seres que convierten su propia presencia en un argumento irrefutable a su favor.

Estaba la Enojona, la 36. Había mordido a un par de personas y no mostraba señales de arrepentimiento. Era una hembra con una energía defensiva que no había que confundir con maldad: era límite. Era la expresión más honesta disponible para un animal que ha aprendido que el mundo no siempre respeta su espacio. La Enojona me enseñó algo que la teoría sobre sintiencia no siempre enfatiza: que el carácter sobrevive al trauma. Que hay personalidades que el encierro no logra doblegar del todo.

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

Para el tercer día yo era, como señala *Tim Ingold* sobre el trabajo de campo, la pared, la silla o la puerta del espacio: algo tan familiar que mi presencia dejó de alterar el comportamiento natural del grupo. Había dejado de ser una visita y me había convertido en parte del ambiente.

Karina nos repetía: busquen un lugar, porque a las tres de la mañana, puntualmente, piden comida, y los vecinos estaban empezando a molestarse. Sus cuerpos seguían recordando un horario que ya no existía en ningún otro sentido. Esa memoria corporal, esa fidelidad involuntaria a una rutina impuesta por años de privación, era uno de los datos más elocuentes que podía documentar.

Brayan y yo llegábamos cada mañana a los añicos de los identificadores de la noche anterior y empezábamos de nuevo. Ellos nos recibían con ese ruido que era reconocimiento. Y yo pensaba: esto también es un dato. **El hecho de que un ser al que han negado sistemáticamente la posibilidad de ser individuo encuentre, en menos de una semana, la manera de tener carácter, personalidad, humor, preferencias, enojos y lealtades, es el argumento más poderoso que conozco a favor de la consideración moral.**

No lo decían con palabras. Lo decían destruyendo sus etiquetas cada noche.

Nota de campo: Brayan, con dieciocho años y sin ningún marco teórico sobre etnografía multiespecies, practicó naturalmente lo que *Ingold* propone: conoció a cada uno como individuo antes de conocerlos como grupo. El saber que surge de la cercanía y el cuidado no es menor que el saber que surge de la teoría.

Mediados de febrero de 2026 Nadie escoge, todos reciben

Llegó el momento de distribuirlos.

Nueve organizaciones civiles se habían anotado. Cada una sabía y había medido sus posibilidades **para saber cuántos animales recibiría pero no cuáles.** Esa distinción, entre el número y el individuo, era exactamente el nudo que yo tenía que resolver sin repetir el error que había llevado a estos animales hasta aquí: el de ser elegidos o descartados por lo que producían, por lo que pesaban, por el color de su pelo.

No debía permitir que nadie llegara a escoger.

Lo decidí con una claridad que venía de algo más profundo que una estrategia logística. Venía de lo que había visto en esos días: el Abuelo blanco con su dignidad intacta, la Enojona con sus límites honestos, la Número 6 buscando el contacto que comía su medicina en la salchichita, Gato con la lengua de fuera siendo el consentido de todos, la escapista, la fracturada, la negrita, el que se parecía a Renato de Karlita, la 56 dando vueltas, la 55 y su gordura, el 13 de la oreja caída que había ganado mi simpatía, la 12 que lloraba para ser cargada.... Cada uno de ellos era alguien. Y los *alguienes* no se eligen por raza ni por tamaño. Hice la asignación sola con la Dra. Karina, con el acta de inspección y con lo que había aprendido en esos cinco días. Fue una asignación proporcional: cada grupo

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

civil recibió su parte de pomeranios, de Shih Tzu, de Malteses, de Yorkies. Nadie recibió solo los fáciles. Nadie recibió solo los difíciles. Aunque aquí he de reconocer que Jess de Lazos de Ayuda A.C. me pidió se le asignaran todos aquellos más afectados, los más enfermos los que nadie querría....

Luego mandé los videos. Un video individual a cada organización, mostrando exclusivamente a sus perritos asignados. Quería que los vieran antes de recibirlos. Todos respondieron con generosidad. Todos aceptaron. Eso también dice algo sobre esta comunidad: cuando se les trata con honestidad, responden con honestidad.

Afuera, mientras todo esto ocurría en BiZoo, **el mundo los había descubierto...**

La publicación que daríamos a conocer sobre el estado de salud de los 56 perritos y el proceso de adopción se convirtió en la publicación más compartida que **Unidos por el Bienestar Animal** había tenido nunca. Los mensajes llegaban sin parar. Personas que querían adoptarlos, que decían que no importaba la enfermedad ni la edad. Personas que especificaban: quiero un Pomeranio, quiero el más pequeño. Autoridades, inspectores, especialistas de la Secretaría: todos dejando su solicitud.

Lo observé desde adentro con una mezcla de gratitud y de incomodidad. La gratitud era fácil de nombrar. **La incomodidad tardó más: muchos no preguntaban por el individuo. Preguntaban por la raza. No preguntaban cómo estaba la Número 6. Preguntaban si había Pomeranios disponibles. El precio de estos perros en el mercado era alto. Lo que la gente posiblemente veía en la adopción era la posibilidad de tener, sin pagar ese precio, un animal cuyo valor simbólico era exactamente ese.**

Porque lo que había ocurrido en ese criadero clandestino no había ocurrido en el vacío. Había ocurrido porque había demanda. La cadena era visible desde adentro: el criadero, el intermediario, la vitrina, el comprador que quiere el estatus sin preguntarse qué condiciones hicieron posible ese precio. Cada eslabón ignorando al siguiente.

Yo tenía adentro de BiZoo a cincuenta y seis pruebas de lo que esa lógica produce cuando se lleva a su conclusión natural.

Por eso nadie escogió. Por eso hice la asignación sola. Porque terminar con el patrón de selección al que habían sido sometidos toda su vida era lo mínimo que podía hacer.

Nota de campo: La tensión entre la solidaridad genuina y la lógica del estatus que observé en la respuesta de la comunidad no es una contradicción que deba resolverse sino un dato que debe documentarse. **Las personas formadas en una cultura que ha normalizado la selección de animales por características físicas no siempre tienen los elementos para cuestionar esa normalización. Eso también es campo.**

Finales de febrero de 2026, 26 para ser exactos.

La libertad vale oro

Llegaron en la tarde noche.

La manada del encierro: etnografía de 56 animales no humanos víctimas de un criadero clandestino en Juárez

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

Como una medida intermedia al no poder ser liberados todavía, las autoridades nos pedían una semana más, para cumplir y que fueran agotados los plazos para los recursos de inconformidad que tenía a su favor todavía el infractor para reclamarlos.... Se pactó un traslado temporal del 90% a una ubicación secundaria debido a la necesidad ya de abandonar el espacio en la Veterinaria BiZoo, la organización civil Huaperros ofreció su espacio en la Huasteca en Santa Catarina, para recibirlos.

El traslado lo hizo la propia Secretaría, que había pedido la prórroga y que puso sus vehículos para moverlos a la nueva ubicación, generando una nueva acta de custodia. **Así funcionan a veces las instituciones: no pueden sostenerlos pero sí pueden moverlos.**

La propiedad del licenciado Gerardo Prado, del colectivo Huaperros, está en Santa Catarina, en La Huasteca. Cuando llegaron y abrieron esas puertas de las jaulas, con la primera puerta entendimos de inmediato por qué ese lugar era distinto a todo lo que habían tenido antes.

Olía a campo.

Olía a zacate húmedo y a grillos y a tierra y a aire que había circulado libremente. Olía a buenas personas, que sé que suena extraño pero es la única manera que tengo de describirlo: **había algo en ese lugar que era hospitalario antes de que nadie dijera nada.**

La Secretaría no había podido dejarnos comida. El licenciado Prado reaccionó de inmediato, nosotras reaccionamos, el grupo reaccionó: en menos de lo que tardó en terminar de instalarlos ya había comida. Así funciona esta red cuando funciona bien.

Y entonces los soltamos.

Todos. Todos corrieron.

No uno por uno, no en grupos cautelosos. Corrieron todos, de golpe, como si sus cuerpos hubieran estado esperando exactamente esto sin saber que lo esperaban. El zacate bajo sus patas, el espacio abierto, el aire que no tenía límites visibles en ninguna dirección: todo eso llegó a sus cuerpos al mismo tiempo y sus cuerpos respondieron con la única respuesta posible.

Se corretearon entre ellos, se mordieron con la suavidad del juego, rodaron, uno encima del otro, se levantaron y volvieron a correr. Perritos que nunca habían pisado pasto, que nunca habían sentido el aire moverse alrededor de su cuerpo en movimiento, descubriendo de golpe que sus patas servían para algo más que sostenerse en un lugar fijo.

Hay momentos en el trabajo de campo que no se analizan mientras ocurren porque analizarlos sería perderlos. Ese fue uno. Sentimos algo que no tenía nombre preciso: era alegría pero era también duelo, porque cada segundo de ese correr era la prueba de todo lo que no habían tenido, de todos los años en que esos cuerpos habían tenido patas y no habían podido usarlas para esto. **Era hermoso y era terrible al mismo tiempo, de esa manera específica en que las cosas más importantes suelen ser las dos cosas a la vez.**

Se olvidaron de nosotros por un momento. En algún punto dejaron de mirarnos y empezaron a mirarse entre ellos, a descubrirse de una manera nueva. La manada, *La manada del encierro: etnografía de 56 animales no humanos víctimas de un criadero clandestino en Juárez*

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

que había existido durante años como una suma de individuos hacinados, se estaba reconstituyendo en libertad. Y era completamente diferente.

Al ver todos esos videos pensé en la dueña del criadero que nunca apareció a reclamarlos. Pensé en los años de todos ellos en jaulas de cemento. Pensé en los cachorros nacidos muertos. Pensé en la Fiscalía que no iba a hacer nada.

Y luego dejé de pensar y los miré correr.

La libertad vale oro porque no tiene sustituto. Porque ninguna jaula limpia, ninguna comida suficiente, ningún cuidado veterinario puede reemplazar lo que ocurrió esa tarde en La Huasteca cuando cuerpos pequeños y sobrevivientes descubrieron el zacate bajo sus patas y decidieron, todos, correr.

Nota de campo: El licenciado Gerardo Prado y el colectivo Huaperros son otro eslabón de la cadena. Prestaron el espacio sin condiciones, reaccionaron ante la falta de comida sin que nadie se los pidiera dos veces. La consideración moral no es solo una posición filosófica. Es una práctica colectiva que requiere personas dispuestas a actuar en consecuencia, cada una desde el lugar que puede.

28 de febrero de 2026, 7 de la mañana Campanita.

El teléfono sonó a las siete de la mañana.

Era la Dra. Nancy, de BiZoo. **Una perrita acababa de fallecer.**

No recuerdo exactamente qué dije. Recuerdo que el dolor no me dejaba pensar con claridad. Habíamos llegado a este proceso sabiendo que el gusano de corazón podía matar. Que algunos de ellos estaban demasiado comprometidos. Lo sabíamos. Y aun así, cuando ocurre, el saber no amortigua nada.

Era la número 17.

La conocía. Shih Tzu café y blanco, 2.7 kilogramos, más de cuatro años de vida. Había cenado la noche anterior. Y a las siete de la mañana del 28 de febrero ya no estaba.

Le habían puesto nombre en algún momento del proceso: Campanita. Lo decía su etiqueta, con la letra de alguien que había decidido que ya era suficiente de números. **Ese nombre era en sí mismo un acto de consideración moral: alguien la había visto, la había nombrado, había decidido que merecía algo más que dos dígitos escritos con marcador en un tape.**

Campanita había muerto sin que nadie pudiera hacer nada.

Lo primero que pensé, cuando el dolor me dejó pensar, fue que había que actuar rápido. Que su muerte no podía ser solo una pérdida: tenía que ser también una prueba. La pusimos en hielos de inmediato. Contactamos a la MVZ Silvia Elodia Piña Saucedo, perito veterinario, que la recibió ese mismo día.

El dictamen forense llegó el 29 de febrero. No estuve presente durante la necropsia. Vi las imágenes después, en el documento, y eso fue suficiente para entender todo lo que necesitaba entender.

El corazón estaba aumentado de tamaño, especialmente el ventrículo y la aurícula derecha, hemorrágico, de un color rojo oscuro. A la revisión interna: parásitos adultos de *Dirofilaria immitis* en aurícula y ventrículo derecho, impidiendo el

La manada del encierro: etnografía de 56 animales no humanos víctimas de un criadero clandestino en Juárez

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

funcionamiento normal del órgano. Los pulmones: lóbulos pálidos con edema y enfisema, consolidaciones y fibrosis en toda la parte interna. El hígado: lesiones hemorrágicas, sangre libre en abdomen. Los riñones: hemorrágicos, de color vino, con la pelvis renal engrosada. El sistema reproductor: quistes en el ovario derecho, adherencias con el intestino delgado. El cuerpo de una hembra que había sido forzada a reproducirse hasta que sus propios órganos se habían adherido entre sí en una respuesta silenciosa e ignorada al daño acumulado.

El estómago: distendido, con contenido tipo croquetas parcialmente digeridas. Campanita había cenado. Había tenido su última comida digna y había muerto esa mañana.

La conclusión del dictamen forense de la MVZ Piña Saucedo fue precisa: **shock multisistémico por trastornos múltiples de coagulación, enfisema pulmonar avanzado, shock hemorrágico-hipovolémico, fallo multi-sistémico. Todo producto de la Dirofilaria immitis que había crecido dentro de ella durante años, viajando como larva por su torrente sanguíneo, dañando cada órgano que atravesaba, alojándose finalmente en su corazón.**

El ciclo biológico del parásito se llama larva migrans. Viaja. Atraviesa. Daña en el trayecto antes de establecerse. Es una metáfora involuntaria y brutal de lo que había sido la vida de Campanita: un tránsito continuo de daños que nadie detuvo. Envié el dictamen a las autoridades esa misma semana. A la Secretaría de Medio Ambiente. Para que fortaleciera el expediente. Para que la Fiscalía Especializada en Medio Ambiente y Bienestar Animal hiciera algo con todo lo que teníamos.

Estamos en mayo..... No ha pasado nada.

Campanita murió el 28 de febrero de 2026 por un fallo multisistémico producido por años de negligencia sostenida. Tiene nombre en el dictamen forense. Tiene número de registro interno. Tiene fotos de sus órganos dañados tomadas por una perito con cédula profesional. Tiene todo lo que el sistema dice que necesita para que algo ocurra.

Y sin embargo el sistema guarda silencio.

Nota de campo: El dictamen forense de la MVZ Silvia Elodia Piña Saucedo, registro interno CV1528022026, fechado el 29 de febrero de 2026, es en esta etnografía simultáneamente una fuente primaria clínica y un documento político. El silencio de la Fiscalía ante este documento no es una omisión técnica. Es una posición moral del Estado frente a una víctima no humana.

Marzo 5 del 2026

La liberación, el momento de la entrega y el protocolo.

Por fin las fechas habían marcado el momento de entrar cada uno de los grupos y hacernos cargo, era el día de la liberación en donde mediante un cronograma y agenda específica fuimos recogiendo los animalitos asignados a cada grupo civil, *La manada del encierro: etnografía de 56 animales no humanos víctimas de un criadero clandestino en Juárez*

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

para muchos de ellos era el momento de conocer a sus protegidos, de abrazarlos por primera vez. Habíamos tenido tiempo de organizarnos, de conseguir en grupo el acceso a un protocolo médico homologado llevado por los mejores médicos del COMVEPE N.L. que se habían dado a la tarea de darnos una mano con toda la extensión de la palabra, hacer extenuantes revisiones de cardiología con los equipos especiales, dedicar horas de trabajo y generar expedientes y reportes por cada uno de ellos, totalmente pro bono, también pactar el seguimiento y demás pruebas sanguíneas de gabinete, pruebas 4DX, medicamentos, a precios accesibles gracias a todos los que decidieron ayudarnos: médicos, farmacéuticas, compañías de alimento. Los médicos expertos y conmovidos por este caso accedieron a dar una rueda de prensa de corte científico ante los hallazgos en este decomiso y sobre la *Dirofilaria*.

Aprendimos de una compleja enfermedad que hasta en la cantidad de años de la más experimentada había estado velada con el nivel de detalle que debimos entender los estadios del gusano, los riesgos, la dura verdad de una medicina que podía salvarlos pero que también podía costar sus vidas.... Y la inacción no era un elemento a considerar. Unidos y organizados hicimos frente y nos volvimos expertas, y decidimos comunicar a la comunidad sobre el estado de salud de estos animalitos y la importancia de la prevención y la gravedad del gusano de corazón (*Dirofilaria*).

También fue una época de descubrir (en las mismas ecografías y ecocardiogramas) los embarazos que asumíamos podrían estar cursando y ser testigos del alto índice de mortandad en los nacimientos, por razones multifactoriales, todas encaminadas a una vida de maltrato, en donde los infractores morales y éticos además de legales, podían darse el lujo de saber nacidos cachorros dentro de la suciedad, el hambre y el hacinamiento, y considerar que si las hembras con ferocidad lograban tener con vida a un par de cachorros, con eso tendrían para considerar una ganancia, ante la nada de inversión que requerían, eran animales acostumbrados a comer su excremento y reciclar de forma indefinida la misma comida.....

70% de los animales nacidos con nosotros murió al nacer.

Mayo de 2026 **Lo que queda**

Estamos en mayo.

Han pasado tres meses desde aquella llamada del 10 de febrero. Tres meses desde las camionetas, las jaulas, el olor del CEAA, los identificadores hechos añicos cada mañana, el ruido ensordecedor que me recibía al llegar, el silencio del trayecto a BiZoo, el zacate de La Huasteca bajo sus patas por primera vez.

Tres meses desde Campanita.

Hoy, martes 26 de mayo, los que siguen con gusano de corazón van por tandas a la clínica veterinaria Sierra Madre para la aplicación del Immiticide. Siguiendo el protocolo avalado por el Dr. Enrique Esquivel en comunicación con el Hospital

La manada del encierro: etnografía de 56 animales no humanos víctimas de un criadero clandestino en Juárez N.L. | 17

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

Veterinario Sierra Madre, la querida Dra. Mónica Martínez y la Dra. Nayelly, los reciben, los valoran, les aplican el medicamento y los observan durante veinticuatro horas. No los mandamos solos: alguien de cada organización los lleva, los espera, los recoge.

El Immiticide mata al gusano de corazón. También puede matar al paciente. La medicina que los puede curar también los puede matar. Esa frase resume todo lo que significa tratar el gusano de corazón en estadio adulto, y es también la frase que mejor resume lo que significa hacerse cargo de animales que llegaron a nosotras después de años de daño acumulado: que no hay solución limpia, que cada decisión tiene un costo, que el cuidado real no se parece en nada al cuidado que aparece en las fotos bonitas de las redes sociales.

La Número 6 está en mi casa.

Son siete los que viven conmigo ahora. Los conozco de una manera que no sabía que era posible conocer a un animal antes de este proceso. Conozco el ritmo de su respiración cuando duermen. Conozco cuál de ellos se despierta primero. Conozco quién come despacio y quién come como si no fuera a haber más, que es un hábito que el criadero les dejó grabado en el cuerpo y que tres meses de comida puntual y suficiente no han borrado del todo.

La Número 6 llora cuando la levanto.

Eso no ha cambiado. La levanto con cuidado, sin apretar, sin movimientos bruscos, y ella llora. Un sonido pequeño y agudo que no es dolor físico: es memoria. Es el registro corporal de lo que las manos humanas le hicieron antes de las mías, el reflejo que su sistema nervioso aprendió durante siete años y que no se borra en tres meses de cuidado aunque el cuidado sea real y constante.

La llevo a la mesa donde tiene su medicina envuelta en salchichita. Se relaja.

Come. Baja.

Todos los días.

Ese ritual pequeño y repetido es para mí el dato etnográfico más honesto de todo este proceso: la distancia real entre el rescate y la recuperación. El rescate ocurrió en una noche. La recuperación, si es que ocurre del todo, va a llevar años.

La Fiscalía Especializada en Medio Ambiente y Bienestar Animal no ha actuado. La Secretaría de Medio Ambiente no ha publicado resolutivo. La dueña del criadero nunca apareció a reclamarlos. Sigue libre. Sigue sin antecedentes penales. Sigue, por lo que sabemos, sin ninguna consecuencia real que le impida iniciar otro criadero mañana.

Eso es el vacío procesal en términos concretos: no una categoría jurídica abstracta sino la distancia medible entre lo que el sistema promete y lo que el sistema hace. Tenemos necropsia. Tenemos dictámenes firmados por peritos con cédula profesional. Tenemos radiografías de corazones agrandados. Tenemos todo lo que el sistema dice que necesita para actuar.

Y el sistema guarda silencio.

Pero aquí están ellos,

con esa dignidad pequeña y enorme que tienen los seres que han sobrevivido cosas que no deberían haber tenido que sobrevivir. Ahí con Jess está el Abuelo

La manada del encierro: etnografía de 56 animales no humanos víctimas de un criadero clandestino en Juárez

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

blanco con su calma intacta. Y con Vic está la Enojona con sus límites honestos. Con Xóchitl está Gato, en casa de la inspectora que no pudo soltarlo aquella primera mañana en el CEAA, siendo el consentido de alguien que lo eligió sin que nadie se lo pidiera.

Aquí están los cincuenta y cinco que sobrevivieron a Campanita, cada uno en manos de alguien que los conoce por su nombre, por su carácter, por su manera particular de existir en el mundo.

Eso no es suficiente. Nunca es suficiente cuando el sistema que debería actuar no actúa. Pero es lo que hay, y es real, y merece ser documentado con la misma honestidad con que se documenta el silencio de la Fiscalía: como un dato sobre lo que la consideración moral produce cuando no espera permiso institucional para existir.

Aquí están los 55 y eso, hoy, es suficiente para seguir.

Nota de campo: Esta etnografía no tiene cierre porque el proceso que documenta no ha cerrado. Los tratamientos siguen. Las adopciones han comenzado porque ninguno de ellos saldría hasta estar completamente sano, vacunado, esterilizado y con el comportamiento suficientemente estable para garantizar que no los devuelvan. Ese principio, que cada uno de ellos merece irse una sola vez y quedarse, es también una posición moral.

V. Reflexión final: lo que el campo me enseñó

Esta etnografía me enseñó tres cosas que ningún libro me había enseñado con la misma contundencia.

La primera: que la consideración moral no es una posición filosófica que se adopta. Es una práctica que se ejerce, repetidamente, en los momentos en que sería más fácil no ejercerla. Cada mañana que llegué a BiZoo a re-etiquetarlos cuando podría haberlos dejado sin identificación. Cada decisión de no permitir que nadie escogiera por raza. Cada salchichita con medicina. Cada video mandado a cada organización. **La consideración moral se parece más a eso que a cualquier formulación teórica que yo hubiera leído.**

La segunda: que el cuerpo es el archivo más honesto que existe. Los dictámenes clínicos confirmaron lo que los cuerpos ya decían la primera noche en BiZoo: años de explotación inscritos en la densidad de los huesos, en los dientes ausentes, en el ritmo de un corazón que tuvo que trabajar el doble para sostener una vida que no debería haber tenido que sostener esa carga. Si los cuerpos pudieran hablar en los tribunales sin necesidad de traducción humana, el silencio de la Fiscalía sería imposible de sostener.

La tercera: que el vacío procesal no es un problema técnico de las leyes. Es un problema moral de las instituciones. Tenemos las pruebas. Tenemos los dictámenes. Tenemos la necropsia de Campanita. Lo que no tenemos es un sistema que haya decidido que estos seres merecen que se actúe en su nombre. Esa decisión está pendiente. Y mientras lo esté, seguiremos siendo nosotras, las organizaciones civiles sin presupuesto y sin reconocimiento oficial, las que llenamos el abismo entre lo que el Estado promete y lo que hace.

La manada del encierro: etnografía de 56 animales no humanos víctimas de un criadero clandestino en Juárez
N.L.| 19

Del número al nombre: cuerpos, vínculos, y resistencia en un aseguramiento masivo de animales de compañía en Nuevo León

La Número 6 sigue llorando cuando la levanto. Sigue tomando su medicina. Sigue bajando.

Yo sigo llegando.

Eso también es campo.

Graciela Ivonne Escárcega Sáenz
Monterrey, N.L., mayo de 2026

Bibliografía de consulta

- Francione, G. (2000). Introduction to Animal Rights: Your Child or the Dog?
Ingold, T. (2000). The Perception of the Environment: Essays on Livelihood, Dwelling and Skill. Routledge.
Kirksey, S. E., & Helmreich, S. (2010). The emergence of multispecies ethnography. Cultural Anthropology
Latour, B. (2005). Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network Theory. Oxford University Press.
Piña Saucedo, S. E. (2026). Dictamen forense veterinario. Registro interno CV1528022026. Clínica Veterinaria Vital Can. Monterrey, N.L.
Ramírez Barreto, A. C. (2024). Animales desde el Nuevo Mundo. [Editorial].
Regan, T. (1983). The Case for Animal Rights. University of California Press.
Savoy, J. (citado en Ramírez Barreto, A. C., clase del 7 de mayo de 2026). Igualdad ontológica y círculo de consideración moral.
Singer, P. (1975). Animal Liberation. HarperCollins.